

Representaciones de los indios en  
*Los bandidos de Río Frío*

ADRIANA SANDOVAL

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

CARLOS ILLADES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA

RESUMEN: El propósito de este artículo es identificar las maneras en que Manuel Payno representa a los indios en su novela más conocida, *Los bandidos de Río Frío*. Hay ahí una clara diferenciación entre los indios vivos, sus contemporáneos, y los indios pre-hispánicos, muertos e idealizados.

ABSTRACT: The purpose of this article is to identify the ways in which Manuel Payno represents the native Mexicans in his best known novel, *Los bandidos de Río Frío*. A clear difference is made between living native Mexicans, his contemporaries, and the pre-Columbian natives, dead and idealized.



## Representaciones de los indios en *Los bandidos de Río Frío*

HABLAR del “indio” de entrada nos sitúa en el lenguaje colonial que trató de englobar en un sustantivo una diversidad étnica, lingüística y cultural amplia y difícil de asir (Reina 1998: 16). Se buscaba dar nombre a un estamento de condición subordinada dentro de una sociedad jerarquizada racialmente. Con ello, “el otro” se reducía a un “uno” identificable e indistinto. El término y su contenido sobrevivieron sin grandes dificultades al colapso novohispano, y criollos y mestizos lo siguieron empleando en el periodo nacional.

Es sabido que desde la conquista de lo que ahora es México, pasando por la época colonial, los españoles establecieron relaciones conflictivas, muchas veces en extremo, con los indios. Durante los primeros años de dominación, se llegó incluso a especular si éstos podían ser considerados como humanos o no. Es decir, de inicio los vencidos fueron colocados en una posición de inferioridad, propicia para el sometimiento. Pronto, sin embargo, se decidió que los indios sí eran humanos.

Dentro del ámbito de lo religioso, fueron colocados en el cajón de los infieles, de los bárbaros paganos a quienes había que catequizar e iniciar en la verdadera religión, el catolicismo. En esta corriente, nos dice Josefina Vázquez, se ubica “el pensamiento de [Ginés de] Sepúlveda, que llega a predicar la servidumbre natural de los indios y la justa causa de su sujeción por medio de la fuerza” (145). La otra tendencia, escribe la misma autora, también

asentada sobre bases religiosas, “afirmará la libertad de los indios y encontrará como únicas justificaciones de la penetración europea en las Indias Occidentales, la prédica de la fe y el derecho natural de la comunicación entre las gentes” (145).

En la práctica, sin embargo, el trato que se dio a los indios, desde los primeros días de los españoles en este continente, pasó desde masacres terribles, gratuitas y deliberadas —como la matanza de Caonao, llevada a cabo para verificar si las espadas estaban suficientemente afiladas (Todorov 150)—, hasta, en el mejor de los casos, una actitud cristiana hacia los indios, no exenta en muchos casos, tal vez, de un cierto paternalismo y condescendencia. Dentro del orden jurídico se establecieron la república de indios y la república de españoles, cada una dotada de derechos especiales.

Como ha mostrado David Brading, el nacionalismo mexicano tuvo por antecedente el patriotismo criollo que reivindicó al pasado indígena (16-23). Después de todo resultaba indispensable destacar los derechos de los nativos, fueran indios o criollos, en oposición a los peninsulares que, con las reformas borbónicas de la segunda mitad del siglo XVIII, buscaban recuperar los espacios perdidos en la centuria anterior.

Durante la Ilustración, el criollo Francisco Xavier Clavijero llevó a cabo una revisión de la conquista desde “este” lado, desde la visión del “otro”. En su *Historia antigua de México*, según Luis Villoro, la conquista “es el relato, tallado en fuerte trazo, de la vida de un pueblo de héroes” (Villoro 103). Este momento histórico “aparece como la terrible tragedia de un pueblo valeroso y noble que, después de escalar la más alta gloria cae, vencido por el dolo del enemigo y la cobardía de un mal soberano” (108). El pasado prehispánico cobra un cariz distinto y se eleva a una categoría heroica, reivindicable; se ve como un pasado del que el actual pueblo mexicano puede estar orgulloso.

A partir de ese momento, de una manera consciente y decidida, se intentó rescatar e insertar el pasado indígena como una parte importante en la formación del nuevo país. Manuel Orozco y Berra en su *Historia antigua y de la conquista de México* (1880), a decir de Luis Villoro, en su intento de explicar y analizar los hechos de manera objetiva y racional, ya advertía que “por primera vez sentimos que el indio no está presente, que el nahoa ha muerto. El pueblo mexica será, desde ahora, un bello tema arqueológico” (161).

Como los indios reales, vivos y presentes han quedado al margen de los grupos dominantes de la sociedad, de la política, y de la cultura,<sup>1</sup> se optó por volver los ojos hacia un pasado incuestionablemente idílico: el prehispánico.<sup>2</sup> Por remoto, los mexicanos podrían ponerse de acuerdo en cuanto a la grandeza y magnificencia de las pasadas culturas y civilizaciones indígenas, que ya podrían ser reconocidas como tales. Esta idealización corresponde tal vez a la invención del paraíso perdido, de un “estrato mítico, donde se supone que se perdieron la inocencia primitiva y el orden original” (33), en palabras de Roger Bartra.

Durante la Independencia,<sup>3</sup> esta revaloración se montaba, en ocasiones, además, en un distanciamiento e incluso rechazo —natural y comprensible— hacia lo español, hacia la madre patria, de la que se deseaba llevar a cabo una separación en la mayor parte de los campos posibles. Así, Moctezuma y Cuauhtémoc pasaron a

<sup>1</sup> Desde luego, hay honrosísimas excepciones, como los archicitados ejemplos de Benito Juárez e Ignacio Altamirano. Pero parecería tratarse más bien de las excepciones que confirman la regla.

<sup>2</sup> El fenómeno no es privativo de México. Luis Cardoza y Aragón lo advierte en la tesis profesional y en la literatura de su compatriota Miguel Ángel Asturias (54-57).

<sup>3</sup> Véase “Lo indio en la obra de *El Pensador Mexicano*” de María Rosa Palazón, Columba C. Galván y María Esther Guzmán, en *Jornadas Filológicas 1998. Memoria*.

ocupar el honroso y magnífico altar de los héroes que habían muerto como víctimas de los invasores y conquistadores.<sup>4</sup> Incluso, vale recordar las conductas hispanóforas que se dieron en regiones como la Costa Grande de Guerrero durante la guerra (Guardino 1996) y, cien años después, en la Revolución (Illades 1991).

Con la dictadura del general Díaz, la apropiación del pasado indígena tuvo también su proyección al exterior. El pabellón mexicano en la feria internacional de 1890, celebrada en París, era un “Palacio azteca”. Los intelectuales del régimen por fin habían alcanzado

la síntesis deseada, que ponía especial énfasis en dos cuestiones centrales: por un lado, la creación de una religión cívica con una cronología bien delineada y una jerarquía de sucesos y un conjunto demarcado de héroes; por otro, la reconstitución del pasado indígena como un componente inherente de la nación mexicana (Tenorio-Trillo 66; traducción AS).

Esta idealización del mundo indígena llegó de una manera clara hasta el proceso de ideologización de la Revolución Mexicana. Los ejemplos abundan. Para la feria de Sevilla, en 1929, de nuevo se llevó como pabellón representativo de México un edificio prehispánico (Tenorio-Trillo 225). Recordemos, asimismo, los murales de Palacio Nacional de Diego Rivera, donde es patente la imagen de un mundo indígena donde todos trabajan, todo es

<sup>4</sup> En la pintura la situación no es muy distinta. Los indios no aparecen mucho en la plástica, y cuando lo hacen, están idealizados. Basta recordar los títulos de algunos de los cuadros: “El tormento de Cuauhtémoc” de Leonardo Izaguirre, “La prisión de Cuauhtémoc” de Joaquín Ramírez, o “El Senado de Tlaxcala” de Rodrigo Gutiérrez. Al respecto, véase el artículo de Ida Rodríguez Prampolini.

armonía, hay riqueza, organización y civilización, y donde se soslaya la alta jerarquización en el interior de las sociedades indígenas prehispánicas y el papel dominador y belicoso de los mexicas frente a otros grupos indígenas.<sup>5</sup>

Frente a esos indios que ya no existían, estaban los indios vivos y presentes, nunca realmente acoplados ni asimilados a la corriente cultural europea —entendiendo cultura como modo de vida— traída e impuesta por los españoles.<sup>6</sup> Se creó así una polaridad: por un lado, los indios prehispánicos, ya muertos, idealizados y ejemplares;<sup>7</sup> por otro, los indios presentes y reales, hacia los que se ha guardado una posición incómoda, permeada por un rechazo cultural e, incluso, por actitudes racistas, por no hablar de la ofensiva de los gobiernos liberales en contra de las comunidades indígenas (Reina 1998: 15).<sup>8</sup> Como veremos en este artículo, la polaridad en cuestión está presente en la novela más famosa de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío* donde, por cierto, ninguno de los protagonistas de las diversas tramas son indios.

<sup>5</sup> Para la representación de los indios entre los muralistas mexicanos, en particular Diego Rivera y José Clemente Orozco, véase Beatriz de la Fuente.

<sup>6</sup> “El recuento censal de 1900 indica que la población total es de 12 607 259 dentro de la cual 2 978 914 son indígenas. El de 1910, da la suma de 15 160 369 y en ella hay 1 960 306 indios y finalmente según el Censo de 1921 la totalidad de habitantes es de 14 334 780 y de ellos 1 820 844 pertenecen a las razas indígenas” (Mendieta 65).

<sup>7</sup> En *Martín Garatuza* (1868), Vicente Riva Palacio ubica el origen de la familia Carbajal en la relación amorosa entre una antepasada y el mismísimo Cuauhtémoc. Toda la familia portará una mancha “de fuego” en la piel, que las distinguirá y prefigurará la muerte de varias de ellas precisamente en la hoguera, acusadas por el Santo Oficio (institución identificada plenamente con el poder español) de judaizantes.

<sup>8</sup> Para una posición rayana en el racismo, véanse las opiniones del alemán avencinado en este país, Carlos de Gagern (Karl von Gagern), donde coloca, de inicio, a los indios entre las “razas descendentes” (803), “destinadas a desaparecer” (807).

Hay que mencionar, sin embargo, una tercera actitud hacia los indios presentes, reales, que los considera fundamentalmente como víctimas, como sufridores, como dignos de una compasión cristiana.<sup>9</sup> Un ejemplo: Evaristo, en la novela de Payno, “se entiende con los indios y gente pobre e indefensa” (426); otro: “no encontraron más que a unos pobres indios juntando en las orillas del bosque las ramas y la madera caída de los árboles secos y viejos” (317); o la larga descripción de los indios nómadas que van de trabajo en trabajo, de hacienda en hacienda, que remata en lo que llama “la miserable vida de los indios que han quedado cerca y dentro de la misma capital” (249). Los indios son susceptibles de ser engañados, además de explotados: Relumbrón<sup>10</sup> conoce a un comerciante que “al indio, en vez de darle las piezas de listón a dos y medio reales (valor legal del comercio), se las encajaba a cuatro reales” (508). A las víctimas, dice Edward Said, “el imperialismo les ofrece estas alternativas: servir o ser destruidos” (168; traducción AS).

Además de la compasión cristiana, hay implícito un sentimiento de superioridad hacia los indios que también engendra, según Tzvetan Todorov, al hablar en torno a Cristóbal Colón, “un comportamiento proteccionista” (47).<sup>11</sup> Dice también que las actitudes del almirante hacia los indios “se vuelven a encontrar en la centuria siguiente y, prácticamente, hasta nuestros días en la relación de todo colonizador con el colonizado” (50):

<sup>9</sup> En la pintura, parecería ser el caso de Orozco, quien añade la perturbadora dimensión de la crueldad. Véase De la Fuente.

<sup>10</sup> Como es sabido, Relumbrón está basado en el ayudante de campo del presidente Santa Anna, llamado Juan Yáñez. Paul J. Vanderwood (1994) habla del personaje histórico, así como sobre otros bandidos famosos de la época.

<sup>11</sup> Ida Rodríguez documenta que “La figura oscura del indígena entra en la pintura culta, la de la Academia, por un rincón del cuadro y en sumisa actitud o de rodillas. Aparece, en 1850, cuando el pintor Joaquín Cordero lo hace tema de su cuadro titulado ‘Colón ante los Reyes Católicos’ ” (57).

O bien [Colón] piensa en los indios [...] como seres humanos completos, que tienen los mismos derechos que él, pero entonces no sólo los ve como iguales, sino también idénticos, y esta conducta desemboca en el asimilacionismo, en la proyección de los propios valores en los demás. O bien parte de la diferencia, pero ésta se traduce inmediatamente en términos de superioridad e inferioridad [...]: se niega la existencia de una sustancia humana realmente otra, que no pueda ser un simple estado imperfecto de uno mismo. Estas dos figuras elementales de la experiencia de la alteridad descansan ambas en el egocentrismo, en la identificación de los propios valores con los valores en general, del propio yo con el universo; en la convicción de que el mundo es uno (50).

#### IMÁGENES INICIALES

En *Los bandidos de Río Frío* las primeras indias que aparecen son las curanderas o hierberas Matiana y Jipila, llamadas para “curar” el larguísimo embarazo de doña Pascuala, en su rancho de Santa María de la Ladrillera. Matiana “parecía de más de cincuenta años; el pelo ya cano, el cutis comenzando a tener arrugas, los ojos encarnados por dentro y por fuera; y por sólo eso le llamaban bruja; gorda, algo encorvada, su dentadura completa y blanca” (13). Jipila, por su parte, es más joven y agraciada:

como de treinta años, pelo negro, grueso y lacio, algo despercudida, porque era aseada y se lavaba la cara en las fuentes y arroyos de los caminos; lisa, blanda de cutis, pierna bien hecha y con lustre, pie chico y dedos desparpajados por andar descalza, sin ningún mal olor en su cuerpo, limpia, con pequeñas manos y, como la que llamaban tía, con sus dientes blancos y parejos. Era una bonita india. Muchísimas y mejores aún de su raza hay así, y tal vez las hallaremos en otra ocasión en Jaltipán, Tehuantepec y Yucatán (13).

Hacia estas curanderas el narrador muestra una actitud ambigua.<sup>12</sup> Por un lado, parece reconocer e incluso admirar el conocimiento que poseen de las hierbas; pero por otro, hay una desconfianza intrínseca hacia ellas.<sup>13</sup> En cualquier caso hay distancia. No las identifica con “su” raza; es decir, son del grupo del otro, de los otros. Por un lado, siguiendo sus saberes, están dispuestas a llevar a cabo su profesión, su trabajo, y ayudar a doña Pascuala. Pero su propuesta para sanarla incluye un secuestro y un sacrificio. Después de consultar a la diosa mexica Tonantzin, y confirmarlo, en un claro sincretismo, con la Virgen de Guadalupe (18), deciden que, para curar el largo embarazo de doña Pascuala, hay que sacrificar un niño el día de la Virgen de Guadalupe. Las implicaciones parecerían ser dos: primero, se trata de brujas insensibles, capaces de matar a un niño inocente sin mayores miramientos y, después, la solución del sacrificio sin duda provino de la divinidad mexica, acostumbrada al gusto por la sangre. Ante esta diosa, nos informa el narrador, los indios llevaban a cabo una celebración que concluía

con el sacrificio de cien niños, desde un mes hasta dos años, que eran degollados en una piedra de sacrificios, con navajas de pedernal y de obsidiana. La diosa no estaba contenta si no se le hacía el tributo de esta sangre *inocente*, y amenazaba con lluvias, con granizos, con truenos y otras mil calamidades a los que se resistían a llevar a sus hijos. Las madres, no obstante sus *lastimeros* sollozos, que algunos historiadores dicen que se oían hasta Texcoco, se apresuraban a llevar a sus hijos y los entregaban a los *feroces* sacerdotes de la diosa (18; las cursivas son nuestras).

<sup>12</sup> Lancelot Cowie, en su estudio sobre las novelas con temas indígenas en México y Guatemala, en el siglo xx, documenta que “en muchas obras indigenistas, la superstición, la brujería y las prácticas de los chamanes se presentan como aspectos negativos de la cultura indígena” (147).

<sup>13</sup> Margo Glantz dice incluso que Payno teme a las curanderas (224).

Si bien se trata en principio de una descripción, los tres adjetivos valorativos muestran claramente la posición del narrador con respecto al sacrificio. La apelación, resulta claro, es para quien comparta sus valores y adjetivos.<sup>14</sup>

Como la idea le parece peligrosa a Pascuala, y no acaba de aprobarla del todo, las indias le dicen que sólo sacrificarán a un niño que encuentren abandonado; si lo hallan, será una señal de la Virgen. El doce de diciembre van al cerro del Tepeyac a la fiesta y se encuentran a un niño que parece abandonado. Se lo llevan, pero luego se arrepienten; no lo sacrifican y lo dejan en un muladar. Esta duda tal vez habla de una asimilación mayor de las hierberas a la religión cristiana y una asunción más profunda del repudio a las prácticas ancestrales. El niño en cuestión es el hijo ilegítimo del capitán Juan Robreño y la condesita Mariana. El robo cambiará su vida.

Frente a esta conducta reprochable de parte de las hierberas, casi al final de la novela, una de ellas salvará la vida de don Pedro de Olañeta, al venderle a quien intenta matarlo unas semillas del árbol de Pirú, como si fueran veneno. La india sospecha las malas intenciones del comprador e impide el asesinato. Estos matices son importantes en Payno. Si bien, en términos generales, observamos las actitudes mencionadas arriba, en ocasiones el narrador añade algunos tonos que mitigan las catalogaciones estrictas.

#### “TODOS LOS DEMÁS SE LLAMAN JOSÉ”

Los indios aparecen, como tendencia en la novela, ubicados en grupos sin nombre, como colectividades que comparten algunas

<sup>14</sup> Véanse los párrafos contrastados por Todorov sobre la descripción de los sacrificios humanos entre los mexicas, escritos por Diego Durán, Motolinía y Sahagún (240-242).

características. No son individuos en sentido estricto.<sup>15</sup> En ese grupo informe encontramos a los indios que llegan a trabajar con Evaristo, en su modalidad de bandido, bajo el nombre de Pedro Sánchez. El narrador da con una mano y quita con la otra: inicialmente los indios se muestran un poco reacios, porque “los Jose-ses” “en el fondo eran honrados” (264), aunque “no desconocían las ventajas de apropiarse de lo ajeno, y lo hacían con los elotes de las milpas y con un poco de maíz o unas gallinas” (264). Rápidamente, este grupo aprecia las ventajas de dedicarse a un trabajo bien remunerado y parecen dispuestos a cualquier clase de actividad, ya sea agrícola o en calidad de ladrones, sin mayores distingos ni preocupaciones morales, legales, ni de otra índole. De Hilarrio, el único que aparece diferenciado, se dice que es “sagaz, ladino, ambicioso, atrevido, en una palabra: ladrón” (261). En esa misma línea, poco después, se nos informa que ya antes lo había sido (263).

El grupo de indios que trabaja con Evaristo son serviles con su patrón, al que le besan la mano como si fuera un cura, un obispo, y le dicen “pagresito” (253, 264). En contraste, aparece luego en la novela un personaje, Mateo el cochero, probablemente mestizo, de quien se dice que “nunca se abatía hasta decir su merced, como los indios” (324). La implicación sería que los mestizos se desean distanciar deliberada y conscientemente frente a la tendencia de los indios a autohumillarse. Cabe mencionar que en la segunda de las adaptaciones cinematográficas de esta novela,<sup>16</sup> parte de lo que

<sup>15</sup> Consúltense lo escrito por Carlos von Gagern: “Entre los pueblos poco civilizados, como son los indios, existe, según la profunda observación del barón de Humboldt, más bien una fisonomía de tribu y de horda, que una fisonomía propia a tal o cual individuo, porque la cultura intelectual es la que más contribuye a diversificar las facciones” (806).

<sup>16</sup> La primera adaptación de la novela es de 1938. Fue dirigida por Leonardo Westphal. Desafortunadamente, parece perdida.

le sucede a Evaristo fue transpuesto al personaje de Juan Robreño, interpretado por Luis Aguilar. En esta película, el grupo de indios que trabajan para él son indistinguibles —salvo por Hilario, personaje encarnado por Fernando Soto “Mantequilla”—. La actitud inicial de todos es, como en la novela, de sumisión, de excesiva humildad. Intentan besarle la mano a Juan Robreño, pero éste se molesta y les dice que deben tener dignidad y orgullo, en un cambio importante de intención de sentido del texto original. Ya para cuando se filmó la película (1954), se ha reivindicado plenamente el pasado indígena y, al menos teóricamente, se ha dado un reconocimiento y aceptación de su cultura.<sup>17</sup>

En una caracterización, cercana a la animalidad, dice el narrador de los indios que trabajan para Evaristo que, “la verdad era que todos, humildes, buenos y hasta inocentes en el fondo, eran completamente estúpidos” (253). Con motivo de estas mismas personas, repite el narrador varias veces que todos los indios se llaman José (222, 233, 252, 357)<sup>18</sup> y todas las indias se llaman María (222).<sup>19</sup> Se trata, es claro, de una actitud despreciativa que engloba en una masa anónima a este grupo de personas hacia las que no vale la pena hacer ningún esfuerzo por lograr una comunica-

<sup>17</sup> El Instituto Nacional Indigenista se fundó en 1948, como resultado del primer Congreso Indigenista Interamericano (Musacchio). Sin embargo, no todo es positivo en la película. Junto al intento de Juan Robreño de imbuir cierta dignidad a los indios, aparece un indio borracho y descuidado, a cuya carreta se sube el niño. El niño lo logra, además, porque la india encargada de cuidarlo no cumple con su tarea, por estar coqueteando con un soldado.

<sup>18</sup> Ciertamente, durante años se usó bautizar, no sólo a muchos indios, sino mestizos, con el nombre de José. Sin embargo, suele haber un segundo nombre para diferenciarlos, como en el caso de Hilario en la novela, a quien el narrador se refiere precisamente por ese nombre y no por el de José.

<sup>19</sup> ¿Las indias estarían en una situación peor, con respecto a la de los indios, en la medida en que ni siquiera se las menciona tanto, aunque sea para denigrarlas?

ción o un conocimiento más profundo, puesto que todos son iguales e indistinguibles. Al conocer a uno se conoce a todos.<sup>20</sup>

Pocos párrafos después del principio, escribe el narrador que “los ranchos y los indios todos se parecen” (3). El propio Evaristo, sin ser totalmente indio, es resultado de una “mixtura malsana” entre un “indio humilde y sagaz y del español” (251). El adjetivo “humilde” nos remite a la actitud cristiana probablemente compasiva hacia los sufrientes; la sagacidad tiene dos filos, uno positivo y otro negativo, vinculado con la astucia.<sup>21</sup> En el *Diccionario de la lengua española* se señala que este adjetivo se usa con animales. Nótese que el español va sin adjetivos.

Otro grupo de indios que aparece en la novela, también como colectividad anónima y masa indistinguible, es el de los macehuales, de quienes el narrador habla como “esta pobre y degradada población” (11) que vive en las “orillas de la gran capital” —las brujas Jípila y Matiana pertenecían a uno de estos sitios— es decir, en parcialidades indígenas, como las de San Juan Tenochtitlan y Santiago Tlatelolco, que sobrevivieron a lo largo del siglo XIX (Lira 1983). Estos indios

no eran precisamente esclavos, pero sí la clase ínfima del pueblo azteca, que, como la más numerosa, ha sobrevivido ya tantos años y conserva su pobreza, su ignorancia y su superstición y su apego a sus costumbres; su proximidad a la capital no le ha servido ni para cambiar sus hábitos y su situación, ni para proporcionarles algunas comodidades (11).

<sup>20</sup> Es importante señalar que el propio Payno, en su artículo “Razas indígenas” (1869), plantea opiniones mucho más matizadas y cuidadosas que las que se desprenden de esta novela.

<sup>21</sup> Salvador Quevedo y Zubieta escribe que en sus recuerdos ha visto desfilar la gente de su país “en cuya composición ha entrado la astuta doblez del indio y la franca generosidad del castellano” (9-10). Recordemos que el libro citado fue escrito, en principio, para un público español.

Detrás de estos comentarios está la idea planteada por Todorov con respecto a la relación entre Colón y los indios: “Nunca hay una justificación de este deseo de hacer que los indios adopten las costumbres españolas; es una cosa evidente por sí misma” (51). Otra implicación es que el atraso en el que se encuentran estos indios se debe a ellos mismos, o como señala V. S. Naipaul, se dice que “ellos tienen la culpa de lo que son”, de modo que no hay que buscar la falta ni la responsabilidad en nadie más, en ninguna otra instancia ni institución (citado por Said 19). Y Naipaul agrega que tampoco sirve de nada culpar del atraso de los pueblos tercermundistas, colonizados, a los imperios.

La situación de los indios no ha mejorado, insiste el narrador unas páginas más adelante: “El progreso y los adelantos del siglo no han modificado en nada su condición, no obstante haber ocupado altos puestos en la República y de haber tenido grande influencia con personas de la raza indígena” (13).

Los comanches son una de las pocas etnias que el autor llama por su nombre, lo cual nos remite a esa clasificación genérica que los españoles dieron a los nativos.<sup>22</sup> Éstos aparecen también como un grupo informe, sin individualidades definidas. El único nombre que llegamos a conocer es el del jefe Mangas Coloradas. Se trata de tribus nómadas y salvajes que atacan periódicamente la hacienda del conde del Sauz (683, 712). Don Remigio, el administrador, está acostumbrado a lidiar con estos ataques. Pero ya cerca del final de la novela, el conde, un poco desquiciado, decide salir a pelear con ellos frente a frente. Remigio sabe que esto es un error e intenta impedirlo, sin éxito. El conde es apresado por los comanches y atado a un árbol (714). A punto de cortarle la cabellera, aparece providencialmente Juan Robreño. Juan es el desterrado hijo de Remigio, convertido ahora en un bandido aliado con

<sup>22</sup> Payno los menciona de manera especial en el artículo ya aludido.

Relumbrón; siempre enamorado de la condesita Mariana, salva al enloquecido conde. Él y su grupo matan a algunos y hacen que huyan los restantes.

#### “CASI GENTE DE RAZÓN”

Coherente con una afirmación muy temprana, en la primera página de la novela, donde el narrador de *Los bandidos* nos informa que los indios que vivían en Santa María la Ladrillera eran “casi” gente de razón (1),<sup>23</sup> ya adelantadas las numerosas y complicadas tramas, nos dice que los indios eran “tribus errantes” de individuos con “poquísimas necesidades”<sup>24</sup> (250). El remero indio que muere a manos de María Pantaleona deja a su esposa, una hermana y una hija, todas “inditas”, que son descritas como “enredadas” (por la tela enredada en la cintura, a manera de falda; aunque también está la sugerencia de una persona confundida); él, por su parte, se vestía con “una camisa, unos calzoncillos de manta, un sombrero de petate y una frazada”, por lo cual de la familia se dice que “no sólo eran felices, sino ricos” (391). Notemos el diminutivo, usado en ocasiones con tintes peyorativos, en otras, paternalistas; y otras más, cariñosos. Esta idea ciertamente es conveniente: al considerar a los indios como personas que no necesitan mucho, se borra automáticamente la obligación o responsabilidad de parte del Estado, de la sociedad, de darles algo, puesto que están acostumbrados a vivir con lo poco que siempre han tenido.

De igual manera, el “casi” de razón los acerca a la naturaleza, pero entendida ésta como un ambiente poco hospitalario y ama-

<sup>23</sup> Este “casi” no podía pasar inadvertido para Carlos Monsiváis (249-251), quien se refiere a la actitud racista de Payno.

<sup>24</sup> Para una idea coincidente, expresada con las mismas palabras, véase Carlos de Gager (808).

ble. En ese medio, los indios conviven con los animales, que se encuentran apenas en un nivel ligeramente inferior al de ellos: “Las fieras, como si creyeran que es como ellas, el habitante natural del bosque, nada le hacen, fraternizan con él y van pacíficamente a sentarse junto a la hoguera y a cuidar el sueño tranquilo del indio” (251). Existe una identificación entre el medio ambiente natural (animales, plantas, cosas) y quien ahí vive: “El indio y la montaña se conocen” (251). Vale recordar que, según Said,

con el surgimiento de la etnografía [...] se da una codificación de la diferencia, y diversos esquemas de evolución, que van desde las razas primitivas a las sometidas, y finalmente a los pueblos superiores o civilizados. Gobineau, Maine, Renan, Humboldt, son aquí de una importancia central. Las categorías usadas comúnmente como lo primitivo, lo salvaje, lo degenerado, lo natural, lo no natural, pertenecen a estos rubros (108; traducción AS).

A lo largo de la novela de Payno estos términos aparecerán en no pocas ocasiones. Así, por ejemplo, en consonancia con la idea de los indios como seres primitivos y elementales,<sup>25</sup> los que trabajan como ladrones con Evaristo, se roban, en una ocasión, el vestuario de los cantantes de una compañía de ópera, que asaltan en una diligencia. La razón que ofrece el narrador para el hurto del vestuario, que no caía en la categoría de dinero ni de joyas, es que a ellos les gusta lo que brilla (356). Es decir, asume la idea de que los españoles llegaron a los territorios que conquistarían, y cambia-

<sup>25</sup> En *Suprema ley*, de Federico Gamboa, leemos lo siguiente: “Sus cocheros, indios puros, de camisa y calzón blanco, desparramaban agua y alegría; empapábanse los brazos, las nervudas pantorrillas que, con el líquido, relucían como bronces lavados; y en cuanto llenaban la pipa, retirábanse a horcajadas en ella, gritándose groserías y chistes, en envidiable y animal inconsciencia de seres primitivos” (336-337).

rían objetos de alto valor para ellos, por simples cuentas y espejitos, baratijas con las que los indios americanos se deslumbraron. Desde la llegada de Cristóbal Colón, las cosas no parecen haber cambiado mucho. Vale recordar el análisis de Todorov sobre las ideas y la actitud del famoso navegante con respecto a los indios: “¿por qué aprecian por igual un pedazo de vidrio que una moneda, y dan el mismo valor a las monedas insignificantes que a las de oro? “Les di [...] otras cosas muchas de poco valor, con que hobieron mucho placer” (*Diario*, 12.10.1492)” (46). La actitud del fuereño sigue siendo la misma. Todorov concluye que “da la impresión de que en este caso el tonto es [el almirante]: un sistema de intercambio diferente equivale para él a la ausencia de sistema, y de ahí llega a la conclusión sobre el carácter bestial de los indios” (47).

#### UN BUENO, UN MALO Y TODOS FEOS

En la página siguiente a la primera vez que se dice que todos los indios se llaman José, se repite la línea, ahora a propósito de Moctezuma III, supuesto descendiente del emperador mexicana. Pese a que éste es tal vez el único indio presente de signo positivo en la novela, se le asocia, al menos de inicio, con el anonimato y falta de personalidad individual de los indios. A medida que transcurre la novela, Moctezuma se desprenderá de la masa anónima y tendrá un papel por encima del de una simple comparsa; lo cual resulta comprensible, en la medida en que no se trata de un indio cualquiera, sino de un descendiente de un noble antepasado, reconocido como parte de la gloriosa historia de los mexicanos. Esto nos trae a cuento el proceso de integración, por la fuerza o la conveniencia, sufrido por la nobleza india después de la conquista que, incluso, sirvió como visagra de ambas sociedades.

El otro personaje rescatable de raza indígena, ante los ojos del narrador, es la india Pantaleona, que trabaja con la guapa Cecilia. La aguerrida india se percata de que alguien quiere entrar a la bodega contigua a la casa donde viven ella y la frutera. Espera paciente y valientemente (¿con sagacidad?) a que los intrusos entren al lugar por un boquete que han abierto, para golpear —incluso hasta la muerte—, al primero de ellos. Fingiendo la voz, le dice al segundo que entre. Pero se trata del taimado y terrible Evaristo, a quien la india sólo alcanza a arrancar un trozo de cuero cabelludo con pelo.<sup>26</sup> Si bien la valiente defensa salva la vida de ambas, la acción no deja de tener un lado terrible: asesina a golpes a un hombre y a otro le arranca un trozo de piel de la cabeza. La “barbarie” y el “salvajismo” de los indios están puestos aquí al servicio de los personajes “buenos”, como Cecilia, y resultan conductas aceptables y comprensibles.

Si bien Moctezuma, Juan Robreño hijo y el vástago de Pascuala y Espiridión fueron llevados a la fuerza a ingresar al ejército, con el tiempo los tres llegan a tener un papel destacado en este cuerpo. En vano intentan resistirse. Una vez dentro de la institución castrense, el mejor camino a seguir parece ser el aceptar la situación, acoplarse, asimilarse, hacer suyos los valores del ejército e incluso intentar desempeñar un buen papel y destacar.

Así, Moctezuma III, también conocido como el “emperador”, junto con otros soldados indios (448), ayudan valiente y eficazmente a romper el cerco en el que el rebelde Valentín Cruz tiene al coronel Baninelli y a sus hombres, para que éstos escapen (450). Por tratarse de un descendiente de un noble indígena, los indios que se encuentran bajo su mando comparten la idealización del pasado prehispánico: Moctezuma III, armado de un valor ances-

<sup>26</sup> El impresionante y divertido tono de nota roja, de tremendismo en esta novela será tema de un estudio posterior.

tral, “se creyó capaz de salvar, no sólo al cabo Franco y a Baninelli, sino a toda la nación, y recobrando toda la tenacidad y el valor de la raza india *noble*, se encaró con la docena de indios reclutas que lo seguían” (444; la cursiva es nuestra) y los arengó para luchar en contra del enemigo. La mayor parte de los indios reclutas llevados por la leva, a diferencia de éstos, bajo las órdenes de un descendiente del emperador mexicana, “desertaban cuando podían” (429).<sup>27</sup>

En parte debido a sus cualidades y en parte al buen entrenamiento que reciben del cabo Franco, junto con el ya coronel Franco, el también coronel Moctezuma III ha logrado terminar con los bandidos de Tierra Caliente. El “emperador” llega a ser llamado por el presidente mismo, quien le encomienda (702) acabar con los de Tierra Fría, que han azotado la región durante años. Al final de la novela, Moctezuma llegará incluso a ser jefe militar de Ameca y alrededores.

Antes de ganar el pleito legal que corre por todo el texto e involucra sobre todo al licenciado Lamparilla, Moctezuma III dice que cuando salga triunfante del litigio, quiere “probar a doña Pascuala que la raza del emperador de México no ha degenerado, y que yo no me dejaré engrillar de los españoles ni matar de una pedrada” (446). Detrás de esta afirmación está la idea, es claro, de

<sup>27</sup> Gagern escribe que “el indio deserta [del ejército] porque ama más que todo su querido aislamiento. Prefiere la última miseria, con tal de sufrirla solo en su choza, a todas las comodidades con que pueda brindarle la sociedad” (811).

<sup>28</sup> Para otra visión contemporánea a la de Payno hacia los indios, véase el ya mencionado libro de recuerdos de Quevedo y Zubieta, escrito desde su autoexilio en España: “Ese indio que se alimenta con atollí y tortillas, que duerme sobre la estera (petate) tendida en el suelo, que en el valle de México vende flores y legumbres, en Michoacán fabrica tejidos y en Jalisco hace ánforas y muñecos de barro; ese indio que vive silencioso, pobre y casi inactivo sobre el terruño de su pueblo; que, como estado social, tiene la ignorancia y la miseria; como política, el retraimiento; como religión, la superstición; como arte, la

que la raza india *sí* ha degenerado.<sup>28</sup> Véase, por ejemplo, lo afirmado por Francisco Pimentel en 1864: “El indígena está aislado, solo; alejado del resto de la población, aun cuando parece encontrarse más cercano. Su condición es bien triste: muestra a las claras la inercia y la degradación” (218). Es decir, no será vencido como sus nobles antepasados ni se someterá como los demás. Sin embargo, como la mayor parte de la nobleza india hizo frente a los españoles, termina asimilándose y aceptando la autoridad tanto del ejército (que nunca cuestiona) como la del gobierno.

Cerca del final de la novela, y gracias a la intervención de Relumbrón, el licenciado Lamparilla llega a ganar el pleito legal en nombre de Moctezuma III (597), y a recuperar la mayor parte de las propiedades que por derecho ancestral le correspondían. Cabe mencionar que el presidente se muestra reacio inicialmente a dar su aprobación a la demanda, pues afirma que Moctezuma, “elevado, como quien dice, a emperador un indio cacique, tenaz y engreído como son todos ellos, vamos a tener una guerra de castas, y vale más evitarla que no reprimirla” (597). Pero Relumbrón recomienda ampliamente al descendiente del emperador y convence al primer mandatario.

Moctezuma III afirma, no sin cierto tinte de destino irremediable, que “los indios somos así. El que nos trata bien y no nos desprecia, puede contar con nosotros; no somos cobardes ni ingratos” (448). Como parte de la caracterización del personaje, el narrador hace que el “emperador”, por un lado, sea de pocas pala-

alfarería, la escultura y la música, en condiciones rudimentarias; ese indio es miembro de una raza estancada, pero que se la ve correr arrollador y ascendente en la edad antigua, y que en los tres siglos de la dominación española, como también en el siglo actual, ha hecho flotar en la superficie de la humanidad sus grandes hechos, sus hombres de luz y de esfuerzo, como un testimonio de que vive y de que puede levantarse de su estancamiento” (41-42). Primero quita con una mano, y luego da con la otra.

bras y, por otro, hable ininterrumpidamente si se le permite la oportunidad. Se añade otro rasgo de su personalidad cuando se menciona que el “emperador” es orgulloso entre los indios, pero tímido entre los blancos: “con todo y su desembarazo y su título que ostentaba entre los indios reclutas, estaba como avergonzado y confundido de verse en un carruaje tan lujoso, frente de su coronel y de un señor tan rico [Relumbrón]” (461).

El principal representante del resentimiento hacia los españoles es Juan Robreño. Si bien el narrador no dice que sean criollos ni blancos, sí nos informa que la familia de don Remigio era honrada y nacidos todos en México (31). Con toda claridad sabemos que no es indio. Mariana no entiende por qué su padre le niega la anuencia para casarse con Juan:

Si yo me hubiese enamorado de un indio o de algún rancharo de las haciendas, tal vez mi padre tendría razón; pero Juan es blanco como mi padre, gallardo, tal vez más gallardo que él; hermoso, porque Juan tiene cuanto puede tener un hombre para cautivar a una mujer, y su ocupación, como lo ha sido la de mi padre, es la honrosa carrera de las armas (140).<sup>29</sup>

Antes de las negativas experiencias con el conde de Sauz, Juan Robreño (luego Pedro Cataño), no odiaba a los españoles, sino que los apreciaba y admiraba, de suerte que “hasta su pronunciación y acento parecía más bien de la Península que no de México”. La intransigencia del conde de Sauz lo hace cambiar radicalmente de opinión. Al volverse ladrón, una especie de Robin Hood, Cata-

<sup>29</sup> Patricia Seed escribe que la Pragmática real en la Nueva España en 1778, en su modalidad americana, daba poder a los padres para impedir los matrimonios de sus hijos sobre las bases de una disparidad étnica o racial (153).

<sup>30</sup> Véase el texto de Paul Vanderwood (1994) sobre los bandidos de la novela y los bandidos de la historia.

ño se convierte en un héroe popular,<sup>30</sup> ahora defensor de la multitud y opositor de los españoles: “Del pueblo salía agasajado y festejado por la población en general, porque arengaba a la multitud, aseguraba que los iba a redimir del despotismo de los gachupines, y del dinero que recogía en las tiendas, en los municipios y en las haciendas, repartía una parte a los pobres” (625).

La estética de lo indígena tampoco es del agrado de Payno. Juan, ya trabajando con la guapa frutera Cecilia, visita un día a la viejecita Nastasita —quien lo rescató del muladar y lo crió—, pero sólo alcanza a verla morir. La anciana vive en un expendio de atoles, donde también muere al mismo tiempo la atolera, que había engordado de una manera horrible. El narrador habla de su “redonda y ahumada faz y sus ojos encarnados daban miedo; parecía uno de esos deformes ídolos de los mexicas, incrustados en la negra y ruinoso pared” (100). La descripción de la atolera dice más de la estética del narrador que del objeto descrito.

Don Espiridión, uno de los habitantes del rancho de Santa María la Ladrillera, es descrito en términos similares, no exentos de cierto desprecio:

gordo, de estatura mediana, de pelo negro, grueso y lacio, color más subido de moreno, sin barba en los carrillos y un bigote cerdoso y parado sombreando un labio grueso y amoratado como un morcón; en una palabra: un indio parecido poco más o menos a sus congéneres (2).

#### CONSIDERACIONES FINALES

A pesar de una rebeldía intermitente, en la visión de Payno los indios son más bien sumisos, víctimas que, en todo caso, sólo encuentran en la brutalidad y el desprecio una respuesta a su condición subordinada: “el desprecio de Payno hacia los indios es el de

su generación y el de su época”, escribe Monsiváis (250). Sin embargo, y esto resulta sorprendente, el novelista escribe esto después de varias décadas de rebeliones indígenas cruentas. Justamente, durante el siglo XIX, en diversas regiones del país distintos pueblos enfrentaron al Estado reclamando la vigencia de sus derechos antiguos (Reina 1980; Katz 1990). Quizá existen dos razones que se encuentran detrás de esta omisión: 1) los hechos referidos por Payno temporalmente están situados antes de la reforma liberal, época en la cual se incrementó la movilización indígena; 2) involuntariamente, tal vez, el escritor tiene en mente al indio colonial, periodo en el cual las rebeliones indígenas fueron escasas.

Desde la óptica de *Los bandidos* los indios no están dentro de la modernidad, no tanto por su pobreza o atraso económico —tampoco lo están los aristócratas aunque sean ricos—, sino por el hecho de no poder desagregarse de sus comunidades y convertirse en individuos (Guerra I: 33). Si todos poseen el mismo nombre, en el fondo son indiferenciables. En tanto que ente colectivo, la manera como existen los indios según Payno, su acción carece de pautas racionales, contiene signos atávicos (Piccato 88), y no está encaminada hacia fines positivos. No sólo no son iguales a los demás, tampoco están en posibilidad de serlo.

Payno presenta una mirada hacia el mundo indígena que, aunque llena de prejuicios, no deja de ser matizada. Pareciera un criollo que mira a los indios fijados en un “tiempo colonial”, como miembros de otra república pero no de la misma nación. Enfoque que contrasta con su crítica de la dominación colonial presentada en su obra histórica (Florescano 435). Ello, sin embargo, no lo lleva en la novela a suscribir la idea de una inmigración europea que equilibrara racialmente al país, como harían después los intelectuales porfirianos (González Navarro 134).

En lugar de conceptos lo que ofrecen *Los bandidos* son juicios. Su óptica no es etnológica —disciplina precariamente desarrollada

en el momento en el que él escribe (Wallerstein 24-30)— sino en todo caso costumbrista: hablar de los indios es, en parte, una descripción del paisaje.<sup>31</sup> No pretende apropiarse teóricamente de una parte de la realidad nacional, quizá su propósito es solamente calificarla; fijar una etiqueta a los que no tienen nombre y, en la medida de lo posible, olvidarse de ellos.

*Adriana Sandoval*  
*Carlos Illades*



#### BIBLIOGRAFÍA Y FILMOGRAFÍA

- Los bandidos de Río Frío*. 1938. Prod.: Grandes Films Mundiales. Dir. Leonardo Westphal. Argumento de Manuel Payno, en adaptación de Alfonso Patiño Gómez. Fotografía: Ross Fisher. Música: Daniel Pérez Castaneda. Sonido: Eduardo Fernández. Escenografía: Mariano Rodríguez Granada. Edición: Mario González. Intérpretes: Victoria Blanco (Mariana), Víctor Manuel Mendoza (Juan Robreño), Alberto Martí (don Diego), Luis G. Barreiro (Lic. Crisanto Lamparilla), Margarita Cortés (Pascuala). Entre los extras: Víctor Junco (García Riera 2: 26-27).
- Los bandidos de Río Frío*. 1954. Prod. PYDASA-Filmadora Argel. Dir. Rogelio A. González. Argumento de Manuel Payno, en adaptación de Alfredo Varela Jr. Fotografía: Raúl Martínez Solares. Música: Gonzalo Curiel. Sonido: José de Pérez y Jesús González Gancy. Escenografía: Francisco Marco Chillet. Ed. Carlos Savage. Intérpretes: Luis Aguilar (Juan Robreño), César del Campo (marqués de Valle Alegre), Dagoberto Rodríguez (Evaristo), Fernando

<sup>31</sup> Un ejemplo: el licenciado Crisanto Bedolla y sus acompañantes regresan a México: "No encontraron en el camino más que a unos pobres indios juntando en las orillas del bosque las ramas y la madera caída de los árboles secos y viejos" (317).

- Casanova (Marcos), Rita Macedo (Mariana), Fernando Soto Mantequilla (Hilario), Prudencia Grifell (Agustina), José María Linares Rivas (don Diego), Miguel Ángel Ferriz (padre de Juan), Alfredo Varela Jr. (Lic. Fernando Lamparilla), etc. Inicio de filmación: 15 nov. 1954. Estreno: 4 feb. 1956 en el cine Metropolitan (García Riera 7: 301-302).
- BARTRA, Roger. *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 1987.
- BRADING, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Col. Problemas de México. Trad. Soledad Loaeza Grave. México: Ediciones Era, 1980.
- CARDOZA Y ARAGÓN, Luis. *Miguel Ángel Asturias. Casi novela*. México: Era, 1991.
- COWIE, Lancelot. *El indio en la narrativa contemporánea*. Col. Presencias 34. Trad. Ma. Elena Hope Sánchez Mejorada. 1ª reimpresión 1990. México: CONACULTA / INI, 1976.
- Diccionario de la lengua española*. 19ª ed. Madrid: Real Academia Española, 1970.
- FLORESCANO, Enrique. *Etnia, estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*. Col. Nuevo Siglo. México: Aguilar, 1998.
- FUENTE, Beatriz de la. "Presencia prehispánica en la pintura mural mexicana". *La iconografía en el arte contemporáneo* (Coloquio Internacional de Xalapa). México: UNAM, 1982. 215-232.
- GAGERN, Carlos de. "Rasgos y características de la raza indígena de México". *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. México: Imprenta del Gobierno, 1869. 1: 802-818.
- GAMBOA, Federico. *Suprema ley*. En *Novelas de Federico Gamboa*. Letras Mexicanas. Pról. Francisco Monterde. México: Fondo de Cultura Económica, 1965. 227-466.
- GARCÍA RIERA, Emilio. *Historia documental del cine mexicano*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara / Gobierno de Jalisco / Instituto Mexicano de Cinematografía / CONACULTA, 1993.
- GLANTZ, MARGO. "Huérfanos y bandidos: *Los bandidos de Río Frío*". *Del Fistol a la Linterna*. Coord. Margo Glantz. México: UNAM, 1997. 221-237.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés. *El porfiriato. La vida social. Historia moderna de México*. Dir. Daniel Cosío Villegas. México / Buenos Aires: Editorial Hermes, 1956.

- GUARDINO, Peter. *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State. Guerrero, 1800-1857*. Stanford: Stanford University Press, 1996.
- GUERRA, François-Xavier. *México del Antiguo Régimen a la Revolución*. Trad. Sergio Fernández Bravo. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- ILLADES, Carlos. *Presencia española en la Revolución mexicana (1910-1915)*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991.
- KATZ, Friedrich, comp. *Reuelta, rebelión y revolución*. 2 vols. Trad. Paloma Villegas. México: Ediciones Era, 1990.
- LIRA, Andrés. *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*. México: El Colegio de México / El Colegio de Michoacán / CONACYT, 1983.
- MENDIETA NÚÑEZ, Lucio. *México indígena*. México: Porrúa, 1986.
- MONSIVÁIS, Carlos. "Manuel Payno: México, novela de folletín". *Del Fistol a la Linterna*. Coord. Margo Glantz. México: UNAM, 1997. 241-252.
- MUSACCHIO, Humberto. *Diccionario enciclopédico de México*. 4 vols. México: Andrés León, editor, 1989.
- PAYNO, Manuel. *Los bandidos de Río Frío*. Col. "Sepan cuantos..." 3. Pról. Antonio Castro Leal. México: Porrúa, 1982.
- PALAZÓN, María Rosa, et al. "Lo indio en la obra de *El pensador Mexicano*", en *Jornadas Filológicas 1998. Memoria*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas / UNAM, 1999. 411-424.
- PAYNO, Manuel. "Razas indígenas". *Boletín de la sociedad mexicana de geografía y estadística*. México: Imprenta del Gobierno, 1869. 1: 496-505.
- PICCATO, Pablo. "El discurso sobre la criminalidad y el alcoholismo hacia fin del porfiriato". *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*. Coord. Ricardo Pérez Montfort. México: CIESAS / Plaza y Valdés, 1997. 77-142.
- PIMENTEL, Francisco. *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios para remediarla*. México: Imprenta de Andrade y Escalante, 1864.

- QUEVEDO Y ZUBIETA, Salvador. *México. Recuerdos de un emigrado*. 2ª ed. Pról. Emilio Castelar. Méjico: Librería de Ch. Bouret, 1888.
- REINA, Leticia. *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*. México: Siglo XXI Editores, 1980.
- REINA, Leticia, coord. *La reindianización de América, siglo XIX*. Col. América Nuestra 43. México: Siglo XXI Editores / CIESAS, 1998.
- RIVA PALACIO, Vicente. *Martín Garatuza*. En *La novela del México colonial*. 4ª ed., 3ª reimpr. 2 vols. Ed. y pról. Antonio Castro Leal. México: Aguilar, 1987. 2: 603-841.
- RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida. "La figura del indio en la pintura del siglo XIX, fondo ideológico". *La iconografía en el arte contemporáneo*. (Coloquio Internacional de Xalapa). México: UNAM, 1982. 51-75.
- SAID, Edward W. *Culture and Imperialism*. New York: Vintage Books, 1994.
- SEED, Patricia. *Amar, honrar y obedecer en el México colonial*. Trad. Adriana Sandoval. México: Conaculta / Alianza Editorial, 1991.
- TENORIO-TRILLO, Mauricio. *Mexico at the World's Fairs*. Berkeley / Los Angeles / London: University of California Press, 1996.
- TODOROV, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. Trad. Flora Botton Burlá. México: Siglo XXI Editores, 1987.
- VANDERWOOD, Paul J. "Los bandidos de Manuel Payno". *Historia Mexicana* 44.1 (jul.-sept. 1994): 107-139.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida. *La imagen del indio en el español del siglo XVI*. Col. Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias 16. México: UNAM, 1962.
- VILLORO, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México: Ediciones de la Casa Chata, 1979.
- WALLERSTEIN, Immanuel, coord. *Abrir las ciencias sociales*. México: UNAM / Siglo XXI Editores, 1996.